

poco á poco sus posesiones perdidas. En 1776, es decir, un siglo despues de su establecimiento, componian un total de ochocientos cincuenta individuos. La poblacion que actualmente tienen es de quinientos, manteniéndose en este número por sus enlaces con los del país, cuyos usos é idioma han adoptado hablándolo habitualmente, sin haber olvidado por eso el griego vulgar que enseñan á sus hijos, aunque no conservan ninguna relacion de familia con sus compatriotas de la Morea. Su principal residencia es en el pueblo de Carges. En general son hombres de pocos alcances; pero activos, laboriosos, y acaso los mejores agricultores de la isla, como lo demuestra el terreno que cultivan. Sus actuales costumbres son poco mas ó menos como las de los corsos, salvo el ser menos vengativos y mas pacíficos. Tienen una iglesia, consagran con pan de levadura, bautizan por inmersión y siguen la liturgia de San Basilio en las fiestas solemnes, y en las demas la de San Juan Crisóstomo. Al principio de la revolucion de 1789 tenían muchos sacerdotes, y todos prestaron el juramento. En la actualidad tienen por pastor á un sacerdote pagado por el gobierno, especie de vicario sometido al obispo de Ajaccio; mas nunca les falta algun otro sacerdote que va á recibir las sagradas órdenes á Roma.

Estos detalles acerca de la Córcega, convertida en provincia de Francia, nos conducen naturalmente hácia este reino, cuyo monarca, preso en las Tullerías, estaba siendo blanco del odio de un partido que habia jurado su perdición.

La sombra de poder que la reciente constitucion le habia dejado, se iba disipando diariamente (1). La asamblea le quitó su guardia Real. Al mismo tiempo hicieron venir de los departamentos un refuerzo de hombres que les

(1) *Memorias para la Historia Eclesiástica del siglo XVIII*, t. 3, p. 204-206.

inspiraban seguridad. Con ellos y con un tropel de patriotas fogosos y de bandidos asaltados fué con los que, durante la noche del 9 al 10 de agosto de 1792, los facciosos, que dirigian todos aquellos movimientos, se encaminaron al palacio de las Tullerías, donde Luis XVI no tenia mas que algunas tropas, y parte de ellas era de muy dudosa fidelidad. Unos cuantos bizarros suizos y algunos amigos de la monarquía, que en aquel momento acudieron á ofrecer al príncipe sus espadas y brazos, formaban casi toda su guardia. El combate iba ya á trabarse cuando Luis XVI se retiró con toda su familia á la asamblea legislativa. Acaso se lisonjeó aun con la esperanza de que los diputados no podrian menos de proteger una autoridad reconocida por la constitucion jurada; pero los perversos que asestaban el cañon contra las Tullerías estaban de acuerdo con los que ocupaban el edificio del Picadero, y se gozaron en la desgracia de Luis. Apenas se le concedió un asilo; se le reconvino por la sangre que entonces corria, como si hubiera sido el autor de aquella horrible jornada, siendo así que se sabia muy bien quiénes eran los que la meditaban desde mucho tiempo atrás, y mientras que algunos audaces folletistas se felicitaban de haber amotinado al pueblo y haberle armado contra el que ellos llamaban tirano. Sabido es el resultado del combate: los leales suizos fueron pasados á cuchillo: el palacio asaltado, y todos los defensores de la espirante monarquía se abismaron con ella. Así fué derrocado un trono que parecia sostenido por tan sólidos cimientos, y al que su antigüedad y una larga serie de reyes aseguraba al parecer una larga existencia. Las medidas mas violentas se sucedieron con espantosa rapidez: pronuncióse el destronamiento de Luis XVI; y este príncipe, despues de haber pasado tres dias en casa de un periodista, oyendo las imprecaciones que se le dirigian y esperando lo que se decidiría sobre su suerte, fué enviado al Temple con la

reina, sus hijos y su hermana, y pudo prever lo que sus enemigos le reservaban.

Convócese una Convencion para dar al pueblo una nueva constitucion; pues disgustaba ya la primera, y eso que no habia estado en vigor mas que un año entero. Empezaron en Paris las visitas domiciliarias y las prisiones reiteradas. Buscábase á cuantos habian manifestado alguna adhesión á la causa proscripta; reduciaseles á prision, ó se les daba muerte en el acto. Las calles y plazas eran teatro de sangrientas egecuciones. Llevar un apellido ilustre, haber ocupado algun puesto eminente, haberse distinguido en alguna ocasion, ó haber merecido el odio de alguno de los facciosos, eran otros tantos títulos de proserpcion, y en breve las prisiones se llenaron de multitud de personas á las cuales se imputaban crímenes imaginarios.

Los sacerdotes fueron principalmente el objeto de las pesquisas, siendo aprehendidos en número considerable. Exigióseles un nuevo juramento, por el cual se comprometian á mantener la libertad y la igualdad. El 26 de agosto de 1792, fueron condenados por un decreto á la deportación los sacerdotes que habian rehusado el juramento á la constitucion civil del clero. El decreto del mes de mayo, cuya egecucion habia sido impedida por Luis XVI, oponiendo su *veto*, no pareció bastante severo, por lo que este restringió á un plazo de quince dias el de un mes concedido anteriormente: la delacion de seis revolucionarios pareció bastante para acusar á un eclesiástico no juramentado, y se decidió que la Guyana francesa fuese el lugar de destierro para todos los eclesiásticos que no se conformaran con las leyes constitucionales (1). Sin embargo, por un resto de compasion se estableció una escepcion en favor de los ancianos: todos aquellos, acerca de cuyas enfermedades certificase un facultativo

(1) *Historia abreviada de la constitucion civil del clero de Francia*, p. 73.

tivo nombrado por la municipalidad, en vez de ser condenados á destierro, debian ser remitidos á la capital del departamento y colocados en una casa designada por la municipalidad, que asimismo se encargaba de su custodia. Mas toda escepcion hecha en favor de la humanidad se convertia en un medio de persecucion y tiranía en las manos de aquellos verdugos, que andando el tiempo convirtieron aquellas casas de asilo, abiertas á la ancianidad, en verdaderos calabozos, mansiones del dolor y del sufrimiento. Los sacerdotes no se hacian ninguna ilusion acerca del objeto que se proponian los que habian dado aquel decreto: sabian muy bien los peligros que les esperaban en el camino del destierro; pero los fieles discípulos de Jesucristo no por eso dejaron de mostrar una entera sumision al poder de aquella época por injusto y bárbaro que fuese. Los sacerdotes franceses, como dignos sucesores de aquellos cristianos que muriendo víctimas de Neron y Caligula rogaban á Dios por el pueblo y por los emperadores, obedecieron la sentencia de destierro pronunciada contra ellos, orando por sus verdugos y por la felicidad del Estado. Pidieron, pues, sus pasaportes á las respectivas municipalidades, y de allí á pocos dias se vieron las vias públicas cubiertas de aquellos piadosos proscriptos, cuyo número pasaba de cincuenta mil.

«Obrad como querais contra los sacerdotes, escribia Voidel á los amigos de la constitucion en los departamentos; aqui os sostendremos.» Y para obedecer á estos abominables consejos, tendianse por todas partes, en las ciudades y en las aldeas, lazos contra los sacerdotes católicos, y no faltaba quien salia á asesinarlos por los caminos y á veces al tocar ya la frontera del reino.

El dia inmediato al 10 de agosto, M. Dulau, arzobispo de Arlés, fué presentado ante la seccion de Luxemburgo con otros sesenta y dos sacerdotes. Habiéndoles infumado que prestasen juramento á la constitucion, respon-

dieron con noble firmeza hallarse prontos á morir antes que renegar del nombre de Jesucristo prometiendo obediencia á unas leyes que estaban en oposicion con la fé de la Iglesia. En vista de esto mandáronles pasar á una estancia inmediata, donde despues de haberles quitado todos los instrumentos con que los verdugos creian que aquellos piadosos varones hubieran podido atentar contra su propia vida, los llevaron á la iglesia del Cármen, trasformada entonces en prision. Una de aquellas victimas, que pudo escaparse del furor de los asesinos, el abate Berthelet, refiere en los siguientes términos el trato que los revolucionarios dieron á sus compañeros de infortunio:

«Una vez encerrados en la iglesia de los Carmelitas, se nos prohibió hablar unos con otros. Pusiéronnos un centinela de vista, y por todo alimento nos trajeron pan y agua. De este modo pasamos la primera noche, y hasta el quinto ó sexto dia no tuvimos mas cama que el pavimento de la iglesia. Luego se permitió á los que tuviesen medios se procurasen catres y jergones. El dia que siguió al en que fuimos encerrados era un domingo, por lo cual pedimos permiso para celebrar ú oír misa, cuyo consuelo nos fué negado, no solo por aquella vez, sino durante todo el tiempo de nuestra prision. Tuvimos el mayor cuidado en evitar que nadie pudiera quejarse de nosotros, y hasta desechamos la proposicion que repetidas veces nos hizo un jóven llamado Vigouroux, que llevaba traje eclesiástico sin pertenecer á este estado, de que aprovechásemos las ocasiones que al parecer se nos ofrecian para evadirnos; porque es de advertir que varias veces se nos dejaron las puertas abiertas y aun armas á nuestra disposicion. Sin examinar si esto era ó no una perfidia, no dando oídos mas que á nuestra conciencia, temimos hacernos culpables ó comprometer á alguno, y esta idea nos hizo permanecer sumisos á las órdenes que se nos habian dado. Entretanto nuestros compañeros de pri-

sion se iban aumentando todos los dias, y como la hora de su llegada era generalmente por la noche, nuestro sueño era bruscamente turbado por las ultrajantes palabras y el ruido que con sus armas hacian los conductores.

»A fines de agosto se presentó en la prision un comisario que pasó lista nominal á todos los presos, preguntándonos á cada uno en particular si era sacerdote ú ordenado *in sacris*. Escribieron nuestras contestaciones, y dieron libertad á dos presos que manifestaron no haber recibido las sagradas órdenes. Sin embargo, retuvieron en la prision á dos personas legas que fueron M. Du Plain de Saint-Albine, y M. Valfons, antiguo oficial del regimiento de Champaña, que declaró ser católico romano, y no conocer otros motivos para su prision. De allí á unos dias volvimos á ser visitados por otro comisario de la seccion, que habló á cada uno de nosotros en particular y nos pidió los cuchillos, tijeras y cortaplumas que taviésemos, despues de habernos dicho algunas palabras de consuelo. Tambien veíamos con bastante frecuencia á M. Manuel, procurador del ayuntamiento. Este nos dijo un dia que se habian registrado nuestros papeles, y que nada se habia encontrado que pudiera hacernos parecer culpables, por lo cual no se tardaria en ponernos en libertad. Volvió en 30 de agosto y nos dijo que el ejército de los prusianos habia entrado en Champaña; que el pueblo de Paris se levantaba en masa, y se enviaba toda la juventud á combatirlos; que se procuraba no dejar enemigos á retaguardia, y que por nuestra propia seguridad y para obedecer al decreto de deportacion debiamos estar preparados á salir de Francia. A una observacion que uno de los nuestros le hizo, respondió que se nos concederia un plazo de algunas horas para tomar en nuestras casas lo que nos hiciese falta para el viage; y aquella misma noche un

comisario, acompañado de gendarmes, nos leyó el decreto de deportacion y lo dejó fijado en el santuario. Al dia siguiente nos apresuramos á recoger todo el dinero que pudimos, para disponernos á emprender un viage cuyo término y duracion nos eran desconocidos. Eramos entonces cerca de ciento sesenta presos.»

Mientras que Manuel dejaba germinar falsas esperanzas en el corazon de los presos, se estaba ocupando con Petion y Talien de los preparativos de su muerte (1). Durante la noche del 1 al 2 de setiembre, el ayuntamiento de Paris hizo fijar por las calles una proclama, anunciando la pérdida de Verdun y el inminente peligro en que se hallaba la patria. Mandáronse cerrar en el acto las puertas de Paris, se disparó el cañonazo de alarma y se tocó á rebato. La exaltacion llegó á su colmo: hombres armados y mugeres frenéticas corrian por las calles vomitando imprecaciones contra los presos que las autoridades rehusaban entregar á la venganza del pueblo. Sin embargo, en el interior de las prisiones del convento del Cármen, nada de esto se sabia y cada cual estaba esperando recibir á primera hora la orden de marcha. En los corredores del claustro fueron clandestinamente introducidos varios asesinos, que á una señal convenida debian echarse sobre los virtuosos eclesiásticos. Dejemos referir esta escena al abate Berthelet: «La agitacion de nuestros carceleros, los gritos que desde las calles inmediatas llegaban á nuestros oídos y el cañon de alarma que no cesaba de hacer disparos, habian contribuido á aumentar nuestra inquietud, aunque teniamos enteramente puesta en Dios nuestra confianza. El comisario del comité de la seccion vino precipitadamente á pasarnos lista nomi-

(1) *Hist. abrev. de la const. civil del clero de Francia*, p. 78.

nal, y nos hicieron bajar al jardin por una escalera que casi tocaba á la capilla de la Santísima Virgen, comprendida en la iglesia donde estábamos presos. Llegamos al jardin atravesando nuevos centinelas que no tenian uniforme militar, ni mas distintivo que un gorro encarnado y por armas un chuzo: el comandante de estos hombres estaba vestido de guardia nacional. Apenas llegamos al jardin, cuando desde las ventanas de las celdas de nuestro claustro empezaron á insultarnos, diciéndonos las palabras mas infames y sanguinarias. Esto nos obligó á retirarnos al fondo del jardin entre un seto de ojaraños y la pared que lo separa del de las señoras religiosas de *Cherche-Midi*. Algunos de los nuestros se refugiaron en un pequeño oratorio situado en un ángulo y se pusieron á rezar visperas, cuando súbitamente se abrió con estrépito la puerta del jardin. Entonces vimos entrar como furiosos siete ú ocho jóvenes, llevando cada cual un cinto guarnecido de pistolas, además de la que tenían en la mano izquierda, al mismo tiempo que esgrimian un sable con la derecha. El primer sacerdote con quien tropezaron fué Mr. de Salins, que ocupado profundamente con lo que estaba leyendo, no habia al parecer hecho caso de lo que pasaba: esta fué la primer victima que sacrificaron á sablazos, y en seguida mataron ó hirieron mortalmente á cuantos se les pusieron por delante, sin cuidarse de quitarles enteramente la vida, por llegar precipitadamente al grupo de eclesiásticos refugiados en el fondo del jardin: al llegar á ellos gritaban desafortadamente: ¡El arzobispo de Arlés! ¡el arzobispo de Arlés! Este santo prelado nos estaba en aquel mismo momento diciendo estas palabras inspiradas por la fé mas viva: «Demos gracias á Dios, señores, porque se sirve llazarnos á que sellemos con nuestra sangre la fé que profesamos: pidámosle la gracia de la perseverancia final,

que no podíamos alcanzar por nuestros propios méritos. Entonces M. Hébert, superior general de la congregación de los eudistas, pidió en nuestro nombre y el suyo ser juzgados por un tribunal. Contestáronle con un pistoletazo que le pasó un hombro, diciendo que todos éramos unos malvados, y se pusieron á gritar uuevamente: ¡el arzobispo de Arlés! ¡el arzobispo de Arlés! Despues de haberlo atrocemente asesinado, vinieron los sicarios hácia nosotros que habíamos quedado inmóviles de admiración al ver cómo había muerto, y empezaron á herirnos con sus sables y sus picas. Yo recibí una herida en el muslo y al señor obispo de Saintes le rompieron otro de un pistoletazo.

En este momento el gefe del puesto, que se había quedado en el otro extremo del jardín, nos mandó volver á la iglesia, y nos encaminamos como pudimos hácia la escalera por donde habíamos bajado; pero los gendarmes que estaban formados allí nos empujaron las bayonetas. Nos íbamos amontonando sobre este sitio sin poder pasar: los hombres de los chuzos vinieron sobre nosotros y nos amenazaban con ellos de una manera aterradora: todos hubiéramos perecido si á fuerza de ruegos no hubiese conseguido el comandante que nos dejaran entrar en la iglesia. Por fin pudimos entrar en el santuario y acogerlos al altar: dimonos unos á otros la absolucion, rezamos las oraciones de la agonía, y nos pusimos en manos de la infinita misericordia del Señor. A los pocos momentos volvieron á presentarse los asesinos: el comandante del puesto les hizo presente que, no habiendo sido aun juzgados, estábamos bajo la salvaguardia de la ley. Ellos replicaron que todos éramos unos perversos, y que no teníamos otro remedio que morir. En efecto, hicieron descender poco á poco y en corto número los presos al jardín, y en la puerta se colocaron los degolladores.

Estos degolladores, de que habla el abate Berthelet, estaban dirigidos por un comisario llamado Violette, que sentado en la entrada del jardín al frente de una mesa, hacia comparecer ante él á los sacerdotes presos, y si rehusaban prestar el consabido juramento, les hacia pasar á un corredor, donde los verdugos les quitaban la vida á sablazos y golpeándoles con barras de hierro (1). A cada nueva víctima que se inmolaba, seguian los gritos horribles con que aquellos caribes manifestaban su feroz alegría. Entretanto los presos estaban orando de rodillas al pie del altar, esperando ser llamados para morir: á la primera señal marchaban al sacrificio sin desplegar los labios, ni dar la mas leve señal de timidez, y con la noble tranquilidad de una alma pura sostenida por la fe. La mayor parte iban rezando las oraciones de la Iglesia hasta la escalera, á cuyo pie iban á ser inmolados, y muchos de ellos, aun al recibir el golpe postero bendecian al Dios por quien eran inmolados y á los verdugos que se abrevaban con su sangre.

Mientras que en el Cármen acaecia esta horrible escena, otros asesinatos llenaban á París de sangre y desolacion. El comité de la seccion del arrabal Poissonniere acababa de decretar que, atendiendo al inminente riesgo de la patria, se quitase la vida á cuantas personas eclesiásticas ó legas hubiese presas por sospechas en París. Un gran número de eclesiásticos no juramentados gemian hácia ya largo tiempo en las prisiones de la alcaldía, de donde por decreto del ayuntamiento debian ser trasladados á la Abadía. Se esperaba sin duda que el furor del pueblo ahorrarse el trabajo de conducirlos á esta última prision; mas como los infelices sacerdotes fueron trasladados en carruajes rodeados de tropa, hubo que esperar llegasen á su destino para de-

(1) Hist. abreviada de la Const. civil de clero de Franc. p. 81-84.

gollarlos. Al atravesar el Puente Nuevo, en la calle Daufine, y en la encrucijada de Bussy, ya un populacho, cuyas oleadas crecian por momentos, seguia los carruages dando espantosos gritos. Al llegar al patio de la Abadía, se precipitaron los asesinos sobre ellos, y cuantos sacerdotes se iban apeando, otros tantos eran horriblemente sacrificados. Sin embargo, algunos cubiertos de heridas pudieron escaparse de las manos de los degolladores, y entraron en el salon, donde el comité daba tranquilamente su audiencia, mientras que la sangre corria por todas partes. Estos son los que han referido esta lúgubre escena, en la que no se sabe lo que inspira mas horror, si el frenesí de los asesinos, ó la glacial ferocidad de los magistrados. Presentóse un comisario diciendo que el ayuntamiento estaba pronto á enviarles socorro si tenían necesidad de él. «No lo necesitamos, respondió el comité, aquí todo marcha con orden.»—«Vengo del Cármen, replicó el comisario, y allí tambien va todo bien.»

A eso de las cinco de la tarde se presentó en la Abadía uno de los héroes de la época, el funestamente célebre Billaud-Varenne. Veíanse en el patio de la prision cadáveres horriblemente mutilados, y el sanguinario tribuno despues de haberlos estado contemplando con una alegría verdaderamente infernal, exclamó: «Pueblo, sacrifica tus enemigos: haces bien!...» Estas execrables palabras, resonando en medio de aquella escena de carnicería, despertaron la apatía de los degolladores, y apagando la voz del remordimiento, inspiraron nueva energia á su ferocidad. A cada instanté se oia rugir á aquellos canibales, que asesinaban á sus desgraciadas víctimas, repitiendo como por befa mil veces el grito de ¡Viva la nacion!

Preguntábase á cuantos sacerdotes iban llegando, si habian prestado el juramento cívico, y los generosos mártires rodeados de cadáveres y verdugos preferian la gloria de morir

confesando el nombre de Jesucristo, á librarse de la muerte por medio de una mentira. El abate Siccard, director del establecimiento de Sordo-mudos fué uno de los que burlando la actividad de los asesinos, consiguió penetrar en el salon donde se hallaba reunido el comité, y hé aqui los términos con que refiere la escena que entonces se presentó á su vista:

«Los quejidos de las víctimas, los sablazos que se descargaban sobre sus inocentes cabezas, los alaridos de los degolladores, y los aplausos de los insensatos que presenciaban la escena, todo resonaba del modo mas horrible dentro de mi corazón. Yo distinguia hasta la voz de aquellos de mis hermanos, que el dia antes habian sido traídos de la alcaldía; á eso de las tres ó las cuatro de la mañana principiaron con mas estrépito á resonar en el patio los mismos gritos y canciones. Esto era motivado por la llegada á aquel recinto, atestado de cadáveres, de dos sacerdotes que habian sido violentamente arrancados de su lecho. Habiendo puesto á estas dos víctimas en la alternativa de prestar el juramento ó morir, se negaron con daltura, pero enérgicamente, á lo primero, y pidieron algunas horas para prepararse á la muerte, lo cual les fué concedido. Los asesinos emplearon este intervalo en dar disposiciones para hacer venir unos carros que se llevasen los cadáveres, y en barrer, ó mejor dicho, enjugar el pavimento del patio, todo bañado en sangre, lo cual les costó bastante trabajo. Para ahorrarse este en lo sucesivo, á pesar de los asesinatos que se disponian á continuar cometiendo, concertaron entre sí diversos expedientes, y al fin acordaron formar una especie de estrado con paja y los vestidos de las víctimas sacrificadas, y colocar sobre él á los que se degollasen en adelante, con lo cual la sangre, absorbida por aquel estrado, no iria á inundar el patio. Habiéndose quejado entonces uno de los sicarios de que cada uno